

Leila Slimani
Sexo y mentiras

La vida sexual en Marruecos



Sexo y mentiras es la voz, fuerte y sincera, de una juventud marroquí que vive amordazada, en una sociedad donde el sexo se consume como mercancía. Desde la infancia, a chicas y chicos se les educa inculcándoles una cohibición y una vergüenza que les marcará toda su vida. La mentira es la norma con tal de que el honor, la virginidad y las apariencias sean salvadas. En Marruecos, esta inmensa miseria sexual es utilizada como herramienta de sumisión; la ley castiga y proscribte toda relación sexual fuera del matrimonio.

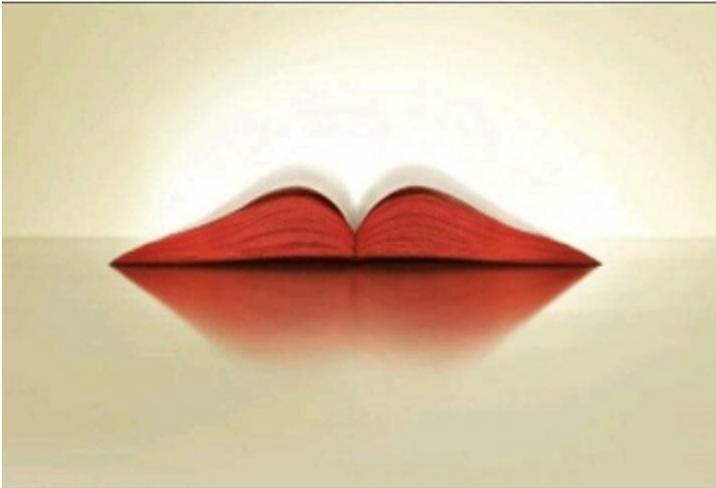
Las mujeres con las que Leila Slimani se entrevista le confiaron sin tapujos su vida sexual. La inmensa mayoría intentan liberarse, en un combate íntimo, desgarrador. Frente a la hipocresía social, las jóvenes solo tienen una alternativa: virgen o esposa.

Leila Slimani



Sexo y mentiras

La vida sexual en Marruecos



Título original: *Sexe et mensonges. La vie sexuelle au Maroc.*
Leila Slimani, 2017
Traducción: Malika Embarek López, 2018

Editor: Vins
Revisión: 1.0
Fecha 07/08/2019

Predicar la castidad es una incitación pública a ir en contra de la naturaleza. Despreciar la vida sexual, ensuciarla con la noción de impureza: ese es el auténtico pecado contra el espíritu sano de la vida.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
El anticristo

Cuando Alá creó la Tierra —decía mi padre—, tuvo sus motivos para separar a los hombres de las mujeres. El orden y la armonía solo existen si cada grupo respeta los *hudud*, las fronteras. Cualquier transgresión conlleva obligatoriamente la anarquía y la desgracia. Pero las mujeres no pensaban más que en traspasar los límites. Estaban obsesionadas por el mundo que existía del otro lado de las puertas de sus casas. Fantaseaban, se pavoneaban por unas calles imaginarias.

FÁTIMA MERNISSI,
Sueños en el umbral

*A la memoria de Fátima Mernissi.
Para mi tía Atika.
Para las mujeres que me hicieron confi-
dencias.
Para todas ellas, mi agradecimiento.*

Cuando en el verano de 2014 publiqué mi primera novela. *Dans le jardin de l'ogre*, algunos periodistas franceses se sorprendieron de que una marroquí escribiera una obra así. Con ello se referían a un libro sobre sexo escrito con toda libertad, de temática *trash* y cruda, y que cuenta la historia de una mujer que padece adicción al sexo. Era como si culturalmente yo tuviera que ser más recatada, más reservada. Contentarme con escribir un libro erótico de reminiscencias orientalistas, como digna descendiente de Sherezade.

Sin embargo, ¿quién mejor que los magrebíes para tratar los temas relacionados con el drama sexual, la frustración o la alienación? Por vivir, o por haber crecido, en unas sociedades en las que la libertad sexual no existe, el sexo se convierte en objeto de ciega obsesión. De hecho, la sexualidad es una problemática muy presente en la creación literaria contemporánea, como en Mohamed Chukri, Tahar Ben Jelloun, Mohamed Leftah o Abdelá Taia. La literatura erótica, incluso la más atrevida, sigue reinventándose, sobre todo entre las mujeres; ese es el caso de la libanesa Joumana Haddad, la misteriosa Nedjma, que firma con seudónimo, o la siria Salwa Al-Neimi, cuyo libro, *El sabor de la miel*, ha sido un éxito de ventas.

Mi primera novela no tiene, pues, nada de excepcional. Incluso creo poder afirmar que no es una casualidad que haya construido un personaje como Adèle, una mujer frustrada que miente, que lleva una doble vida. Una mujer reconcomida por el remordimiento y por su propia hipocresía. Una mujer que esquiva lo prohibido y no siente placer. Adèle es, en cierto modo, una metáfora algo exagera-

da de la sexualidad de las jóvenes marroquíes.

Para la presentación de mi novela, insistí ante la editorial Gallimard para que se hiciera en algunas ciudades de Marruecos, en librerías, en universidades, en mediatecas. Fui invitada por varias asociaciones y grupos de debate. Las dos semanas que duró la gira resultaron ser para mí una auténtica revelación. Ni remotamente sospechaba las ganas que tenía el público de dialogar conmigo. En cada una de mis intervenciones, comprobé hasta qué punto un encuentro en torno a la sexualidad podía apasionar a la gente, y, en particular, a los jóvenes. Cuando acababa la presentación, muchas mujeres se me acercaban para comentarme cosas, contarme sus historias. Una novela tiene precisamente ese lado mágico, al establecer una relación íntima entre el escritor y su lector, derribar las barreras del pudor y de la desconfianza. Pasé con ellas unos momentos extraordinarios. Quise, por tanto, restituir esa palabra, a modo de conmovedor testimonio de una época y de un sufrimiento.

No pretendo con el presente libro escribir un estudio sociológico ni un ensayo sobre la sexualidad en Marruecos. Eminentes sociólogos, excelentes periodistas realizan este arduo trabajo. Mi intención era entregar a los lectores esa palabra sin pulir. Una palabra vibrante e intensa, unas historias que me han conmovido y emocionado, que me han provocado a veces indignación y rabia. Quise que se oyeran esos fragmentos de vida, a menudo dolorosos, en una sociedad en la que muchos hombres y mujeres prefieren mirar para otro lado. Al contarme sus vidas, y aceptar romper tabúes, esas mujeres me enseñaron que sus vidas importan. Cuentan y deben contar. A través de sus confidencias, quisieron romper su aislamiento, aunque solo fuera por unas horas, e invitar a otras mujeres a tomar conciencia de que no están solas. En ese sentido, su discurso es político, comprometido, emancipador. Durante aquellos encuen-

tros, pensé a menudo en lo que afirma Fátima Mernissi en *Sueños en el umbral*, a propósito de Sherezade, un personaje magnífico, aunque a veces sea un lastre abrumador para algunas mujeres musulmanas: «Ella ayudaría al sultán a ver que su odio obsesivo hacia las mujeres era una cárcel. Curaría el alma perturbada del rey, contándole las desgracias de otros». Para la socióloga marroquí, lo extraordinario de Sherezade no es que encarne supuestamente a la mujer oriental, seductora y lasciva, sino que recupere sus derechos sobre el relato, que no sea solo objeto sino también sujeto de la historia. Las mujeres han de encontrar el modo de influir en una cultura que es rehén de los religiosos y del patriarcado. Al expresarse, al contarse a sí mismas, se sirven de una de las armas más poderosas contra el odio. Las palabras.

No debemos perder de vista lo valientes que fueron al ofrecer su testimonio en este libro y lo difícil que es, en un país como Marruecos, salirse del marco establecido, adoptar un comportamiento considerado como marginal. La sociedad marroquí está basada en la noción de dependencia del grupo. Y el individuo percibe a este como una fatalidad de la que no puede liberarse, y a la vez como una fortuna, ya que siempre contará con esa solidaridad gregaria. La relación con el grupo es, pues, ambigua.

Otro pilar de la sociedad marroquí es el concepto de *h'chuma*, que se puede traducir por «vergüenza» o por «reparo», y que te inculcan desde la infancia. Ser bien educado, un niño obediente, un buen ciudadano, implica también tener vergüenza, mostrar pudor y moderación. «El orden y la armonía solo existen cuando el grupo respeta los *hudud*, las fronteras. Cualquier transgresión conlleva obligatoriamente la anarquía y la desgracia», escribía Fátima Mernissi en su obra antes citada. El precio que hay que pagar por la transgresión es muy alto, y el culpable será casti-

gado por cruzar las «barreras sagradas», sufrirá un severo rechazo. Las mujeres que hablaron conmigo viven lo que vive la mayoría de los marroquíes: una tenaz lucha interior, desgarradora, entre la voluntad de liberarse de la tiranía del grupo y el miedo a que esa libertad lleve consigo el hundimiento de las estructuras tradicionales sobre las que se asienta su mundo. Todas —os daréis cuenta— muestran a veces ciertas ambigüedades, se contradicen, se emancipan para, luego, volver a agachar la cabeza. Intentan sobrevivir.

Al escuchar las palabras de esas mujeres, quise que se escuchara la realidad de este país, que es mucho más compleja y dolorosa de lo que querrían hacernos creer. Pues si se cumpliera la ley tal como existe y la moral tal como se transmite, habría que considerar que todos los solteros de Marruecos son vírgenes, que unos jóvenes que representan más de la mitad de la población nunca han tenido relaciones sexuales. Por tanto, los amantes no casados, los hombres y mujeres homosexuales, los hombres y mujeres que ejercen la prostitución, todas esas personas no existirían. Si creyéramos lo que dicen los más conservadores, empeñados en defender una identidad marroquí que tiene más de mito que de realidad. Marruecos sería un país virtuoso, de conducta irreprochable, que debe protegerse de la decadencia occidental y del liberalismo de sus élites. En Marruecos, la «fornicación», o *zina*, está prohibida por ley, no es solo un imperativo moral. El artículo 490 del Código Penal contempla «una pena de cárcel de un mes a un año para todas las personas de sexo diferente que sin estar unidas por el vínculo del matrimonio tengan entre sí relaciones sexuales». Y según el artículo 489, toda «conducta licenciosa o *contra natura* entre dos personas del mismo sexo será castigada con una pena de seis meses a tres años de prisión». En un país en el que el aborto es ilegal, salvo en los

casos de violación, de graves malformaciones del feto o de incesto, y en el que «toda persona casada que cometa adulterio» se expone a dos años de cárcel (artículo 491 del Código Penal), a diario se plantean situaciones dramáticas, que no se ven, ni se comentan. Y, sin embargo, los ciudadanos víctimas de esas desoladoras tragedias íntimas sienten que están viviendo en una sociedad hipócrita que los juzga y rechaza.

Es evidente que nadie ignora que las leyes que nos gobiernan son pisoteadas cada día, cada hora y en cualquier ambiente. Se sabe, aunque nadie quiera verlo ni plantarle cara. La ley que penaliza las relaciones sexuales fuera del matrimonio no se cumple, y las autoridades se niegan de plano a admitirlo públicamente. Saben que diariamente se realizan cientos de abortos clandestinos, pero solo ha habido modificaciones menores a la ley que penaliza la interrupción voluntaria del embarazo. Las autoridades, que no pueden ignorar que los homosexuales viven en un estado de miedo y de humillación, siguen mirando para otro lado. Todos los que ejercen algún poder —gobernantes, padres, profesores— sostienen el mismo discurso; «Haced lo que queráis, pero a escondidas».

En una sociedad como la nuestra, el honor es lo primero. No se juzga la vida sexual de la gente sino la publicidad que dan, o se atreven a dar, de ella. Pero esa orden de guardar silencio ya no es suficiente para mantener la paz social y permitir el desarrollo pleno de cada cual. Nuestra sociedad está corroída por el veneno de la hipocresía y por una cultura de la mentira institucionalizada. Y ello genera violencia y confusión, arbitrariedad e intolerancia. Tanto los que se dicen liberales como los conservadores son partidarios del *statu quo*. Parecen compartir esa idea engañosa según la cual la sociedad marroquí no está aún preparada para abordar esos temas.

Cuando a unas chicas que llevan minifalda se las juzga en los tribunales por atentar contra el pudor, o a unos homosexuales se los lincha en plena calle, me parece urgente reflexionar sobre un proyecto de sociedad que nos una y evite ese tipo de abusos. Marruecos, al igual que otros países musulmanes de la zona, no podrá dar la espalda a esa reflexión. En un momento en que el terrorismo islámico es cada vez más violento, en que la sociedad marroquí, al igual que otras sociedades musulmanas, está muy dividida sobre las cuestiones relacionadas con las costumbres, tengo la sensación de que no debemos eludir esos temas. Ya no podemos ignorar la realidad con el pretexto de que no cumple con la religión, con la ley o sencillamente con la imagen que querríamos dar de nosotros mismos. No debemos ceder a la tentación de la regresión y de la pereza, a la hora de definir nuestra cultura y nuestra identidad, como si fueran datos inamovibles y antihistóricos. Nosotros no somos nuestra cultura, pero nuestra cultura es lo que hacemos de ella. Abandonemos esos antagonismos: islam y valores universales de la Ilustración; islam e igualdad de sexos; islam y placer carnal. Pues la religión musulmana puede verse en primer lugar como una ética de la liberación, de la apertura al otro, como una moral íntima y no solo maniquea.

Hoy más que nunca, estoy convencida de que es necesario reestructurar por completo los derechos individuales y sexuales si queremos favorecer un desarrollo pleno de la juventud y una implicación justa de las mujeres en la sociedad. Debemos, al menos, iniciar una reflexión colectiva, sin acritud, sin odio. ¿Qué lugar queremos que ocupe el individuo en nuestras sociedades? ¿Cómo proteger a las mujeres y a las minorías? ¿Cómo conseguir que se acepte a los que están fuera de la norma en una sociedad que sobrevalora el cumplimiento de esta, tanto de la norma religiosa como de la norma social, sometidas a estrecha vigilancia? ¿Cómo conseguir que el derecho a la vida privada, a la intimidad,

no lo rijan ni el Estado ni la religión?

Soy consciente de que para cientos de personas, los derechos sexuales o la libertad sexual representan algo anecdótico. En un país como Marruecos, se podría considerar que las batallas con las que hay que lidiar son otras: la enseñanza, la sanidad y la lucha contra la pobreza pasan antes que las libertades individuales. Pero los derechos sexuales forman parte de los derechos humanos, no son accesorios, unos meros complementos de los que prescindamos sin más. Ejercer la propia ciudadanía sexual, disponer cada cual de su cuerpo como quiera, llevar una vida sexual sin riesgos, fuente de placer y libre de coerción, son necesidades fundamentales y derechos que deberían considerarse inalienables y garantizados para todos.

No solo los derechos sexuales forman parte de los derechos humanos, sino que se puede afirmar que en muchas civilizaciones fue la sexualidad la que facilitó la dominación masculina. Defender los derechos sexuales es defender los derechos de las mujeres. A través del derecho a disponer del propio cuerpo, a liberarse del círculo familiar para vivir una sexualidad plena, también se ejercen los derechos políticos. Si se legisla en estos ámbitos, se dará a las mujeres los medios para defenderse frente a la violencia masculina y a las presiones familiares. Hoy la situación es insostenible. A saber: miseria sexual generalizada, en particular, para las mujeres cuyas necesidades sexuales ajenas a la reproducción se ignoran por completo; sumisión al imperativo de la virginidad hasta que se casan, y a la pasividad, después. Una mujer, cuyo cuerpo se somete a semejante control social, no puede cumplir plenamente su papel de ciudadana. Al estar «sexualizada» al extremo, exhortada a guardar silencio o a la expiación, se la ningunea como individuo.

En su *Historia de la sexualidad*, Michel Foucault escribía que la sexualidad es «un cruce fronterizo especialmente denso para las relaciones de poder; entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos, entre padres e hijos, entre do-

centes y alumnos, entre religiosos y laicos, entre los gobernantes y la población». En Marruecos, al igual que en otros países musulmanes, la situación de miseria sexual es un freno a la construcción del individuo y del ciudadano. En ese ambiente opresivo, el hombre reproduce un modelo autoritario en su círculo familiar e íntimo. Se genera así un individuo adaptado a un régimen coercitivo. Como observa el politólogo Omar Saghi, citado en un artículo en el semanario *Jeune Afrique* de enero de 2013, la clandestinidad sexual va unida a la clandestinidad política. «Quienes, a los dieciséis años, han tenido que suplicar al policía de turno que no los lleve a comisaría, por ir cogidos de la mano —y en eso, la propia familia sería igual de represiva, igual de violenta que el Estado policial—, se acostumbran a la vida mutilada de las dictaduras».

SORAYA

«NO LO OLVIDES».

Fue ella quien se dirigió a mí. Yo estaba sentada en el bar de un elegante hotel de Rabat. Se me acercó, puso la mano en un sillón junto al mío y me preguntó si se podía sentar. Le dije que sí, que por supuesto, sorprendida y seducida por su aire resuelto. Tomó asiento, sonriente y locuaz. Hablaba sin parar, quizá para impedir que el silencio crease una situación embarazosa entre dos desconocidas que se están tomando una copa.

Comentó cosas de mi novela. Fue el motivo para conocernos, pues la había leído y quería que se la firmase al final del encuentro organizado en los salones de ese hotel y que ya había terminado. Se había retrasado, el debate y la firma de libros habían finalizado y yo ya me había ido. Uno de los organizadores amablemente le indicó que me podía encontrar en el bar, donde estaba disfrutando de unos instantes de soledad y de descanso. Así fue como llegó y se sentó a mi lado.

Tendría unos cuarenta años. Era guapa, no iba muy arreglada. Se notaba que no se cuidaba el pelo ni el cutis. Las uñas de las manos las tenía de una forma y de un largo desiguales, y fumaba un cigarrillo tras otro. Pero su sonrisa, inmensa e infinitamente sincera, la transfiguraba. Sonreía, movida por un impulso de una insólita generosidad y, a veces, se echaba a reír, con una risa infantil y picara. Una risa